

# Las estrellas de mi paraguas

Como vendí la finca, compré un paraguas. Cualquiera avisado lector que leyera lo escrito hasta aquí, debe pensar, si ha pensado otra cosa, que lo único que el gaceticero declara, es que "compró un paraguas", lo que, en buen romance, equivale a manifestar positivamente y sin recato, duda o reserva alguna, que él como cualquier mortal, está en capacidad de comprar un paraguas. El hombre, pues, puede comprar un paraguas. Pero este "poder" no ha sido siempre. Los romanos, galos, germánicos, que es decir godos, sajones, lapones, árabes, eslavos, chinos, y griegos, (amen desde luego de los "dios occidentales", nuestros antepasados) no pudieron hacer, en sus épocas remotas, lo que el hombre de hoy hace, aunque sea una cosa tan sencilla como lo es el "comprar un paraguas."

Con todo este engorroso introito, lo que estoy pretendiendo decir, es que el hombre está capacitado para hacer muchas cosas, pero que al mismo tiempo que se afirma esta cualidad inalienable del hombre, se le niegan otras, en forma irreversible. Por ejemplo, el hombre solo, sin ayuda de artefactos, no puede mirarse la espalda, ni morderse una oreja, ni volar sin aparatos complicados, como lo hacen hasta los diminutos gorriones, tan frescas y sabrosamente, ni brincar con el ímpetu y agilidad de una pulga. Por lo que se ve, somos unos animales altamente diferenciados, para bien y para mal.

Cuando el mandril agarró el garrote, concedió a sus hijos, los hombres, esta envidiable virtud física de poder sujetar con las manos las cosas mediante el desarrollo del pulgar. Pero aun siendo esta cualidad de importancia inusitada, no lo es todo. Decimos esto, porque el hombre llevado por su petulancia infinita ha venido a creer que nada le es negado, no por la infinita bondad del Creador, sino por la astucia, talento y voluntad que posee para inventar lo necesario y alcanzar, con ello, un poder casi parecido al del Ser Supremo.

No obstante tan infortunadas circunstancias de engreimiento, la verdad de que existen fenómenos invencibles, contra los cuales lo mejor que podemos hacer es no entablar batalla alguna, si no queremos exponernos a un fiasco de padre y muy señor mío.

Y para citar un caso que está a la vista, tangencialmente podemos hacer referencia en este escrito al deseo del hombre-pájaro, de volar sin ayuda de artefacto alguno. Sería injusto de nuestra parte no reconocer que ha llegado muy cerca a su antiguo y venerable deseo, pues fácilmente logra sostenerse en el aire mediante el alzamiento de una pierna. Como es inevitable comprender, lo único que le falta es sostenerse en el aire alzando las dos. El día que lo logrará haber realizado su sueño de volar, o por lo menos sostenerse en el aire sin artefacto alguno. Pero esta prueba tiene más de 150 millones de años de ser ejecutada, y todavía el hombre —que descubrió el bacilo, auscultó el microcosmos, desató el átomo, inyectó el hongo, construyó la armazón política de las sociedades, creó las leyes, aprisionó el rayo, surcó los mares, predijo el tiempo, hizo brotar la semilla, descubrió ignotas tierras y el subconsciente tan ignoto como las tierras: huyó hastiado de la perfección e introdujo en el arte la borrasca de su espíritu; cantó con sonidos ordenados matemáticamente; amansó las ondas y viajó hecho voz por las distancias; circunvaló la tierra en cuestión de horas, tras de medirla, dividirla simétricamente y ubicar sus zonas y sus estaciones; cubrió al ser de a-



José Marín Cañas

brigo y alimento e inventó los semáforos, unos aparatos que si se les invierte el orden del entendido, producen desesperantes apretazones sin que na die se de cuenta de que "se están enciendo al revés de como deben encenderse" no ha podido alzar la segunda pierna sin que se lleve un costalazo de los que hacen época.

Estoy, como Uds. lo habrán visto, tratando de decir que hay cosas negadas al hombre, irreversible e inexorablemente.

Por eso es que afortunadamente por primera vez, el gaceticero está de acuerdo, de completo y unánime acuerdo, con el querido y simpático colega, don Konstantin P. Feoktistov a quien el gaceticero no ha conocido nunca y sigue sin conocer, no obstante abundar en sus mismas ideas, expuestas en el periódico "Komsomolskaya... Pravda", en una de sus últimas ediciones.

Lo que aseveramos el científico ruso y el gaceticero nacional es que el hombre no podrá nunca volar a las estrellas, como nunca podrá despegar las dos piernas del piso, sin riesgo de dar con su humanidad, cuan largo es, en el duro y santo suelo.

El vaticinio del ilustre camarada señor Feoktistov lo ha hecho con motivo del 15º aniversario del lanzamiento del primer "Sputnik", con el que se inició hace ya varios años, la era espacial, equivalente esta expresión, al inicio de la temporada de viajes a la luna y demás brillantes y enternecedoras estrellas del firmamento.

Con una razón digna de un santo, el científico asegura que lo que ha dañado la mente de los jóvenes optimistas actuales, es la "ciencia ficción", expresión muy en boga en la actualidad y cuyos lectores están a punto de superar el número de los que leen las historietas de las cintas cómicas. "Ciencia ficción" es en sí, una controversia que se destruye. Pues a poco que le hacemos el ojo a este binomio descubriremos que "ciencia" es exactamente el término contrapuesto a "ficción". Podríamos asegurar que basta con que una cosa sea "ficción" para que ya, ¡de ya!, no pueda ser ciencia, habida buena cuenta de que para ser ciencia requiere, fundamental y sustancialmente, no ser ficción.

Estas entelequias que los periódicos inventaron para imbecilizar, junto con la Televisión, a la humanidad, son las culpables de que el hombre se haya venido a creer más importante del bicho que en realidad es.

Existe pues, como aseguran el sabio soviético y el escritor cimarrón, un límite intramontable, cuya existencia fue puesta por Dios, exactamente en el sitio en el que convierte al hombre en un animal más del reino de la Naturaleza, pero nunca un ser límite, cuya exclusividad, la tiene, con todo derecho, el Creador.

Esto que aquí se afirma, no es la negación de esos sorprendidos instrumentos a los que, provisionalmente, los científicos han llamado "ovni" (objetos voladores no identificados). Los "ovnis" pueden existir tal y

como la imaginación humana los ha identificado. No tiene nada de extraño que sean "platicos voladores", de color ámbar o violeta, de velocidades extraterrenas, que echan fuego o un haz luminoso, y cuya tripulación, lo mismo puede ser de enanos simpáticos como los de Blanca Nieves, o bichos raros, como arañas de las que el hombre llama de "picacaballo".

Aquí no se le está negando nada a los habitantes de otros planetas, si los hubiere. Lo que se está diciendo es que el hombre terrestre, ese que todos conocemos por estarlo viendo actuar, pensando, proceder; cuyos patrones de conducta han sido ya calificados y encasillados antropológicamente; cuyas reacciones hemos probado en el tubo de ensayo de la vida diaria; cuyos arrebatos de locura, cuya esquizofrenia constituyen plato de todos los días; sus endiosamientos, caídas y payasadas, es la función diaria, no puede ni podrá nunca ir a las estrellas. A lo más que ha de llegar, es a la luna. Pero en la luna ha habido muchos grandes políticos, enorme y casi inconmesurable suma de "padres de la patria", descomunal contingente de empleados de gran categoría, que han vivido en ella, de la que descienden el día 28 de cada 30 días, según la división solar del tiempo anual, para cobrar el sueldo. Ello, pues, no lo está negando nadie, y por ello, no debe ofenderse nadie.

Tratamos, como es fácil intuir, el hacer ver que las estrellas colocadas, silentes y cancinas, en el ámbito infinito, caminan silenciosas, flotantes y calladas, desde un insondable misterio que se inicia en Dios, rumbo a otro insondable enigma hermético, que también se llama Dios. Nada conturba el marchar depacioso y solemne de estos monstruos en la noche de los siglos. Las separan de nosotros cantidades de locura de millones de años o de siglos luz, la velocidad que se requerirá para interferir en los vacíos interminables de las distancias, quemaría al hombre por los años y el roce. Este animalito que se viste de casimir, que anda en automóvil que bebe whisky y habla inglés, porque ya es bilingüe, no pasa de ser un inofensivo microbio que por dentro vale poco, aun que por fuera, cree que pesa más o tanto que el oro. Su destino es, a lo sumo, apretar el acelerador para "rayar" a un bus de pasajeros.

La aseveración del colega Konstantin, posiblemente de la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, nos ha llenado de satisfacción. Ya hay alguien que se haya dado cuenta de su modestia y pequeñez. Hablando en ese tono, quizás algún día los hombres lleguen a entenderse. Y eso ocurrirá, en la lejana fecha en que el ser mortal se percate de la verdad de su tamaño, de la pequeñez ante lo infinito de su volumen humano, y de lo limitado de sus fuerzas. Y entonces hará, como el gaceticero, cosas que estén teñidas de un profundo sentido de realidad y de modestia. Es posible, como el que escribe, que se compre también un paraguas.